

sentido; lo que nos permite plantear que, en aquella interlocución, por definición, se produjo un *equivoco* que terminó en un pequeño fiasco. La definición del concepto de equivoco nos deja ver que un sentido fue tomado por otro porque su producción afectó *lo real de la historia*. De acuerdo con las afirmaciones de Michel Pêcheux y Françoise Gadet, el equivoco es el punto en que la lengua toca la historia, pues en dicho punto «lo imposible (lingüístico) llega a unirse con la contradicción (histórica)». (Cfr. 1984, pp. 62-3) En dicho punto, en fin, lo lingüísticamente imposible se une a lo históricamente necesario⁹.

En el portugués de Brasil el significante *empregado* parece no adherirse meramente, como ocurre en español con la palabra «empleado», al sentido de un vínculo laboral o jurídico, y esto es probable que ocurra porque en determinada sintaxis se afilia a la pesada herencia de una economía esclavista. En este sentido, podríamos decir que se trata de un significante que se volvió «insoportable», pues en el enunciado que estamos analizando, por estar en singular y ser una forma de nombrar a los interlocutores, entraba en redes de memoria que, retomando, podríamos representar a través de la siguiente secuencia metonímica: *ser empregado, ser inferior, estar numa relação de servilismo*¹⁰. Entraba, entonces, en filiación con trayectos históricos del funcionamiento del *discurso del Otro* y, en esta relación, justamente, adquiría sentido y no solamente significado. Su aparición actúa, pues, como un síntoma que revela *el proceso de rechazo y de paulatina exclusión o interdicción* que fue sufriendo en el funcionamiento de la lengua del discurso del brasileño¹¹.

La determinación de algunas causas

Há entre as duas línguas um vacilo, uma tensão, uma oscilação permanente: uma é o «erro» da outra, seu devir possível, incerto e improvável.

Néstor Perlongher (1992, p. 9)

Es preciso comenzar diciendo que el sujeto de la enunciación que nos ocupa se apropiaba, con un gesto de absoluta espontaneidad, de la len-

⁹ En otras lenguas románicas -italiano y francés, por ejemplo- los respectivos significantes *impiegato* y *employé* guardan funcionamientos parecidos al del español.

¹⁰ Encontré un buen indicio de esto en los comentarios hechos por un grupo de alumnos de Mato Grosso quienes, buscando paráfrasis para el sentido de *empregado* en aquel mismo enunciado, fueron dando un abanico de sinónimos, entre ellos *servil*, hasta llegar al significante *escravo* que, como ellos mismos reconocieron, era el que «verdaderamente» estaba en juego.

¹¹ Para formular este señalamiento me inspiraron las observaciones del médico y psicoanalista Charles Melman (1992) acerca del funcionamiento del significante «judío».

gua extranjera y, de esta forma, ratificaba lo que era natural y obvio en su lengua materna y en su cultura. Así, en plena presencia de extranjeros –o, para ser más precisos, siendo él mismo un extranjero en medio de Brasil–, la producción de su enunciado designaba dos excesos. En primer lugar, el de romper con una especie de regla elemental que supone reconocer la existencia de las discrepancias lingüísticas; regla que debería preceder todo proceso de aprendizaje –formal o no– de una lengua. Y, en segundo lugar, el exceso de confianza en el funcionamiento transparente de la cultura brasileña, sin mostrar la más leve sospecha de la resistencia u opacidad que implica la alteridad cultural¹².

Ahora bien, ¿qué factores favorecían dichos excesos? Recordemos las especiales condiciones de enunciación a que ya hicimos referencia: el sujeto de la misma se sintió en el derecho de hablar portugués sin conocerlo, tomando como base la asociación fónico-lexical «empleado» / *empregado*, posible por la materialidad que está en juego entre lenguas cercanas. Claro que para que «empleado» atrajera la aparición del significante *empregado*, en primer lugar, entraba en juego un gesto habitual por parte del aprendiz en la adquisición de una lengua extranjera: el de traducir palabra por palabra, lo que es un efecto del imaginario según el cual creemos que «tener acceso a una lengua es tener acceso a las palabras». En este imaginario, como afirma Octave Mannoni,

El universo del lenguaje coincide, como de derecho, con el universo de las cosas, incluso con aquellas que, sin existir, tienen el estatuto de cosas (por ejemplo, fue necesario dar un nombre a los objetos voladores no identificados). (1982, p. 84)

Dicho imaginario tiende, pues, a reducir la lengua y el lenguaje a una nomenclatura, a privilegiar lo lexical, a buscar el sentido del lado de los referentes. (Cfr. *id.*, p. 79)¹³.

Ahora bien, es a merced de éste que quedan los primeros gestos en la práctica de enseñanza-aprendizaje de una lengua extranjera. En el extremo inicial de este trayecto está, sin duda, el gesto del dedo indicador

¹² Para la definición de ambos «excesos», me inspiro en las apreciaciones hechas por Stephen Greenblat para interpretar el fenómeno del encuentro entre europeos y nativos del Nuevo Mundo en el acontecimiento del descubrimiento de éste. (1996, pp. 135-7)

¹³ Para subrayar la fuerza que tiene este imaginario vale la pena recordar la lucha que inauguraba Saussure en su Curso de Lingüística General cuando, tratando de retirar los efectos del mismo en el campo de la reflexión sobre el lenguaje, afirmaba:

«Para ciertas personas, la lengua, reducida a su principio esencial, es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas». (p. 127) (*El subrayado es mío.*)

Sería después de varias redefiniciones, con la acuñación del concepto de «valor», que conseguiría superar la relación nombre-cosa.

apuntando un objeto (*cfr.* Lacan, 1994, p. 477) o, si queremos, «la relación referencial nombre-cosa». En el otro extremo, si pensamos que el proceso de adquisición implica que el sujeto del aprendizaje camine en la dirección de llegar a *ser hablado por esa lengua*, siendo efecto de su funcionamiento, lo que tenemos, entonces, es la relación palabra-palabra. En fin, en el primer caso, la palabra como signo, «representando algo para alguien» (*cfr.* Pêcheux, 1988); en el segundo, la palabra como significante que reenvía a otro significante, dentro de una dinámica en la cual, según la expresión de Jacques Lacan, un significante significa al sujeto para otro significante. Tal vez la imagen más ilustrativa de este efecto sea la de que el sujeto se «desliza» sin interrupciones, con facilidad, por la articulación sintáctica de la lengua extranjera.

Para poder avanzar, veamos antes cómo funciona la relación palabra-cosa en el espacio de la lengua materna: íntimamente ligada al efecto de estabilidad referencial, se inscribe en el funcionamiento de la ilusión que en el análisis del discurso, según la aguda síntesis de Eni Orlandi, se designa como ilusión de la realidad del pensamiento del sujeto. Por ella, el presupuesto por parte del sujeto es: «lo que yo dije sólo puede significar X». (*Cfr.* 1988, pp.107-108)¹⁴. Es pues esta ilusión la que le garantiza el efecto según el cual *el lenguaje es la expresión de su pensamiento*. Como decía en un trabajo previo¹⁵, lo que hace que el hablante se sienta origen y dueño de su decir es la ilusión de que su *pensamiento* se refiere al mundo y de que el *lenguaje*, al reproducir -casi calcar- el hilo del pensamiento, consigue expresar ese mundo. A partir de este funcionamiento, la lengua materna ya le resulta exterior al sujeto¹⁶.

En el caso del aprendizaje de una lengua extranjera, considero que este efecto de exterioridad se exagera, pues el sujeto, capturado por una posición de saber, que es el saber de la lengua materna, queda «descen-trado» frente al funcionamiento de la materialidad de la otra lengua. En este proceso, la ilusión de transparencia pensamiento-lenguaje-mundo

¹⁴ La línea del análisis del discurso a la que me refiero es la que fue fundada por las reflexiones iniciales de Michel Pêcheux en Francia. En Brasil, esta línea encontró eco significativo en el trabajo desarrollado por Eni Orlandi (IEL/Unicamp) y, actualmente, está presente en buen número de proyectos y grupos de investigación.

¹⁵ Me refiero al trabajo «Un programa de español en la televisión brasileña», publicado en la revista *Signo&seña*, Facultad de Filosofía y Letras/UBA, núm. 4, mayo de 1995, pp. 239-64. Una versión relaborada del mismo fue publicada posteriormente, bajo el título: «Um programa de espanhol na TV brasileira. Série em três capítulos.», en la revista *Alfa*, San Pablo, 1995, núm. 39, pp. 175-94.

¹⁶ Es posible atribuir la exterioridad al efecto que la lengua ejerce sobre el sujeto o, mejor, a la constitución del sujeto como efecto de la lengua. La necesidad de estudiar esto fue planteada por la especialista en adquisición del lenguaje, Cláudia Lemos, en la mesa redonda «Língua e Exterioridade na Análise do discurso», organizada y coordinada por Eni Orlandi en el «Instituto de Estudos da Linguagem» de la Unicamp, el 8 de julio de 1994.

resulta afectada, pues, por efecto del funcionamiento de dicha materialidad –que designa que la estructura del pensamiento no es pasible de transporte directo de una lengua a otra–, el libre tránsito por la tríada resulta interrumpido. La representación más directa de lo que estamos planteando, tal vez, sea el consejo tan frecuente que algunos profesores dan a sus alumnos: para hablar o escribir, *traten de pensar en la otra lengua*.

Sin embargo, en el caso del aprendizaje del español por parte de brasileños, en un primer momento y siempre que no se someta el proceso de enseñanza a un trabajo específico y apropiado, podemos señalar una especificidad. El efecto de transparencia que produce el modo en que al brasileño le suena esa lengua cercana, oculta la diferencia y no ofrece la suficiente resistencia como para que el funcionamiento del imaginario que relaciona pensamiento-lenguaje-mundo quede expuesto a una quiebra sino que, al contrario, termina alimentándolo y propiciándolo. Aún reconociendo, sobre todo en un mundo globalizado, que la primera clase de una lengua extranjera no implica un acercamiento a la misma en un grado cero absoluto, en el caso del portugués y del español, la proximidad y el modo en que ésta fue históricamente tratada abre una posición enunciativa por la cual el sujeto del aprendizaje –tanto el brasileño que aprende español como el hispanohablante que aprende portugués– se siente en el derecho de apropiarse espontánea e inmediatamente de ella.

Ahora bien, en lo que tiene que ver más estrictamente con la cercanía material de las lenguas, lo que contribuyó a la producción del equívoco fue que la materialidad de «empleado» y *empregado* hizo posible que éstos fueran asociados por medio de la operación que los incluye en la relación de ser «cognados», o sea, dos formas semejantes en dos lenguas o dialectos diferentes, cuya semejanza se debe no al azar o a una cuestión de préstamos, sino a un origen común. (Cfr. Dubois et alii, 1986) Inclusive, según la clasificación tan frecuente en el campo de lenguas extranjeras, en nuestro caso deberíamos decir que se trataba de «falsos cognados» o «falsos amigos». José Carlos Pães de Almeida (1995), reflexionando sobre la cercanía entre las lenguas, después de afirmar que el orden canónico de la oración en las dos lenguas es altamente coincidente, afirma que la fuente del léxico es básicamente la misma e ilustra esta afirmación citando la conclusión de J. Ulsh, según la cual, más del 85% del vocabulario portugués tiene cognados en español. (Cfr. 1995, p. 15)¹⁷. Existe, de hecho, una *base significativa* común y existen significantes iguales o semejantes en las dos lenguas; la cuestión que está en juego es que las lenguas suenan parecido y, en la práctica de su enseñanza, preocupados más con la distinción

¹⁷ La cita de J.L.Ulsh corresponde al libro que él mismo organizó, *From Spanish to Portuguese*. Washington, D.C.: Foreign Service Institute, 1971.